

Devoción y música

CUANDO un pueblo canta, expresa sus más íntimos sentimientos, sus más queridas angustias y dolores, pero también sus más caras alegrías y esperanzas, en las melodías que elige y en el modo de cantarlas. Cuando todo un pueblo vive intensamente un sentimiento de amor, de dolor, de alegría, escucha el canto que representa esos sentimientos con la misma atención e íntima satisfacción con que lo lanzan al espacio las voces realizadoras. Cuando llega el momento casi místico y milagroso de la Semana Santa en Crevillente, todo un pueblo canta asociado la devoción religiosa de la muerte del Redentor.

A los que por primera vez presenciamos los desfiles de esta célebre Semana Santa, nos sorprende profundamente esta asociación popular de la devoción y al canto coral, como un rezo colectivo, como un dolor común, expresado con el más puro de los instrumentos musicales al servicio del arte más verdadero: el del corazón. Crevillente todo canta; canta el coralista que forma en los múltiples conjuntos que desfilan; canta el abuelo que presencia las procesiones, recordando sus tiempos, cuando él «tenía voz»; canta el niño que espera ser un poco mayor para formar en algún coro; canta la novia y la esposa, pues el que no va cantando, escucha el canto con el mismo amor y emoción sentida, que es la mejor forma de ser artista y ser devoto.

Pueblo poeta le llamó alguien, pero en realidad es pueblo de músicos, de cantores, de artistas, de sinceros creyentes que ponen en sus cantos religiosos la fe y la esperanza, pero que también saben escuchar, guardando un silencio que vale por todos los rezos, mientras en la noche estrellada, calurosa, con olor a cera y misterio divino, se hermanan en sus almas la devoción más pura con la música más bella.

Moisés Dabía